

En memoria del Profesor Carlos Castrodeza

Nuestro querido amigo y colaborador, Carlos Castrodeza Ruiz de la Cuesta, falleció en Madrid el día 18 de abril de 2012. Su muerte nos ha sobrecogido a todos por lo inesperada y cruel, y porque ha roto ese lazo de amistad que tanto nos reconfortaba y unía. La muerte del profesor Castrodeza deja un hueco insustituible en el Consejo Asesor de Éndoxa y la amarga sensación de que sus propias tesis se confirman de modo inexorable: «la vida en la desesperanza va a peor con el paso del tiempo»¹.

El profesor Castrodeza fue un investigador honesto, comprometido en llevar la teoría darwinista a sus últimas consecuencias. Lo comprobamos en sus obras más recientes: *Razón biológica* (1999), *Nililismo y supervivencia* (2007), *La darwinización del mundo* (2009) y en el libro reseñado en este volumen por el profesor Eloy Rada, *Razón biológica: la base evolucionista del pensamiento* (2011). El autor advierte en sus escritos cómo nuestra conducta ética está también supeditada al proceso evolutivo. Pocas personas se atrevieron a tanto; la mayoría —seducidas mediante engaños, elusivas respuestas, ceguera voluntaria en ocasiones o instintiva en la mayoría de los casos— pretende componer mundos separados: nuestro cuerpo biológico por una parte, la mente y sus maravillosas construcciones abstractas, por el otro. Pero ¿qué otra cosa queda al defensor de las tesis evolucionistas sino plantear si nuestro propio cerebro y sus creaciones más señeras, la ética, la cultura, la ciencia e incluso la filosofía, no son asimismo sino el fruto de un accidentalismo biológico cuyo fin último es la supervivencia de nuestros genes? La inteligencia humana surge como alternativa al instinto animal, esforzándose en perpetuar la carga genética que la sustenta; compite con él en la búsqueda de soluciones y el diseño de estrategias que logren afianzar su perma-

¹ «La inutilidad de la felicidad (Apología de la ilusión)», en *Apología de lo inútil*, p. 34; edición a cargo de Santiago Eguidazu, Avarigani Editores (2009).

nencia en el mundo. Dibuja escenarios en los que progresar, a modo de imaginarios fantasmas, y prepara el entorno idóneo que le permita subsistir. La visión naturalista del profesor Castrodeza es desgarradora: no somos la especie elegida y nuestro futuro es desalentador, pues nada nos garantiza que los avances tecnológicos en ingeniería genética posibiliten la pervivencia de la mente: ésta podría llegar a ser eliminada al mostrarse inservible y superflua frente a un individuo que actúa según patrones óptimos de eficacia y utilidad. El investigador interviene en el proceso de selección natural, intentando modificar en el transcurso de unos días lo que a la Naturaleza le ha costado centenares de milenios; sólo que, en este caso, las formas elaboradas en el laboratorio pueden resultar aterradoras: el androide perfecto quizá acabe destronando a su creador. El profesor Castrodeza dialoga en sus libros con filósofos y pensadores como Schopenhauer, Husserl, Heidegger, Foucault, Wittgenstein, Lyotard y otros muchos. Su tesis nihilista desencanta a todo aquél que busca refugio en ensoñaciones y paraísos lejanos, intentando encontrar un fin último para la especie y una justificación de su existencia.

Carlos Castrodeza defendió y expuso estas ideas desde su plaza de profesor Titular en el Departamento de Lógica y Filosofía de la Ciencia de la Universidad Complutense de Madrid, a la cual accedió en 1985 y que conservó hasta el momento de su fallecimiento. Mucho antes, había trabajado con investigadores de la talla de Douglas Scott Falconer, en el *Institute of Animal Genetics*, de la Universidad de Edimburgo, o con Esko Suomalainen, en el *Instituto de Genética* de la Universidad de Helsinki. También colaboró con Robert C. Olby y Jonathan Hodge, realizando una tesina bajo la dirección de este último: *The Idea of Biological Progress: some Methodological Problems Relating to the Genetical Theory of Natural Selection*. Defendió su tesis doctoral en Madrid, con un trabajo titulado *El medio ambiente como condicionante genético: pleiotropía e hibridación*, en el año 1973. La dirección de la misma había corrido a cargo del ilustre profesor Miguel Odriozola Pietas, uno de los mayores especialistas españoles en genética animal, y fueron miembros del tribunal que la juzgó los genetistas Ramón Lacadena Calero y Enrique Sánchez Monge. El profesor Castrodeza nos ha legado un amplio repertorio de libros, colaboraciones y artículos en los que pudo volcar su pensamiento. La comunidad Académica se queda ahora sin una de las personalidades más insignes en el área de la filosofía de la biología.

Conocí a Carlos Castrodeza demasiado tarde, apenas hace un par de años, cuando él y el profesor Juan Ramón Álvarez preparaban el volumen monográfico que Éndoxa quiso dedicar a conmemorar la figura de Darwin y el darwi-

nismo. Por aquel entonces, sólo hubo un intercambio de mensajes, palabras afectuosas, buenos deseos... Yo sólo hacía de intermediaria entre los editores y el director de la revista, Eloy Rada. Pero poco después, Carlos decidió visitar la UNED. Apareció en el despacho de su amigo del alma, Quintín Racionero, y en ese pequeño recinto le vi por primera vez. Recuerdo su sonrisa bonachona, su personalidad afable, su mirada aguda e inteligente. Desde entonces, coincidimos en otras ocasiones, breves y fugaces, me parecen ahora. Quiero rescatar aquellos instantes del olvido, hacerlos presentes y recordarlos una y otra vez. Carlos solía acudir a mi despacho cuando visitaba la UNED y allí charlábamos un rato con María Teresa Román y Alejandro Escudero, y nos entreteníamos comentando acontecimientos de la actualidad. Recuerdo sus bromas y nuestras risas. Este lugar minúsculo parecía ensancharse con su llegada y se hacía ingrato verle marchar. La última vez que nos encontramos me habló de su nuevo libro, a punto ya de publicarse; como siempre, comprometido con la teoría darwiniana, a la que trataba de extraer toda su trascendencia, sin prejuicios y sin temores; con la valentía y rigurosidad que caracteriza todos sus escritos. Participaba junto a Eloy Rada en el Proyecto de Investigación que Quintín Racionero había concebido para que un grupo de investigadores intentáramos arrojar un poco de luz a la naturaleza de las polémicas vigentes en el mundo contemporáneo; ambos se implicaron en el análisis de las controversias surgidas en el seno de las hipótesis evolucionistas. Pero a la última reunión, Carlos, ya no pudiste asistir, y ahora soy yo quien escribe esta nota de despedida en la que ha sido y siempre será tu revista.

Piedad Yuste

